

II

ALFONSO XIII Y LA GUERRA

Espejo de neutrales, por Victor Espinós y Moltó. Madrid, 1917.

Los futuros historiadores de la guerra grande habrán de compulsar un cúmulo tan ingente de documentos que la empresa de narrar con exactitud el magno suceso no desmerecerá, ciertamente, de la que realizan muchos de sus actores. Porque en los días que vivimos no se lucha sólo en el campo de batalla, en los mares y en los aires: las plumas, armas blancas al fin, pelean con idéntico encarnizamiento que cañones y bayonetas, en las oficinas cancillerescas, en las redacciones de los periódicos, junto á las taquillas telegráficas y telefónicas y hasta en los apacibles gabinetes de trabajo de sabios y publicistas, persuadidos, como lo están los beligerantes, de que el heroísmo que en el frente de combate se derrocha, en proporciones jamás superadas, decaería muy pronto y hasta podría trocarse en desfallecido rendimiento sin el estímulo alentador de la población civil, que á menos costa propia y con riesgo menor, aunque no siempre nulo, interviene asimismo en la colosal contienda.

¿Cómo ha de sorprender que así acontezca cuando hasta los neutrales desempeñan hoy papel mucho más relevante y eficaz para el éxito, que el de coro de la gran tragedia que por tradición parecía corresponderles? No uno, sino varios capítulos, habrá de consagrar á los neutrales el historiador escrupuloso de la guerra presente, y, para gloria de la Patria española, no podrá menos de enaltecer en ellos á nuestro país, porque, por felicísima iniciativa de nuestro Monarca, hemos sido algo más que los leales representantes de una neutralidad sin titubeos sospechos declarada y sin arteras infracciones mantenida: hemos sido también súbditos del Rey, que supo erigirse en ministro de la paz cuando la guerra asolaba al mundo, y en ministro de la caridad

cuando, desencadenados el odio y la fuerza, enrojecían con generosa sangre juvenil el solar mismo sobre que se asienta la civilización contemporánea.

Congresos y Conferencias internacionales idearon y perfeccionaron durante medio siglo instituciones destinadas á humanizar la lucha; y el futuro cronista veraz no podrá desconocer que, cuando irremisiblemente fracasaron todas ellas, á tiempo en que las leyes de guerra eran violadas á porfía y los fueros de la neutralidad hollados en competencia, el nobilísimo y abnegado celo del Monarca español obtenía el indulto de reos en capilla; hacía posible la navegación, sin riesgo ni fraude, de los buques hospitales; inquiría el paradero de personas desaparecidas; vigilaba el trato que en los campamentos se da á los prisioneros; lograba la repatriación ó el internamiento en Suiza de muchos heridos impotentes ya para la pelea; restituía á su patria muchedumbres de deportados de la población civil; servía de diligente intermediario entre los prisioneros y sus familias; convertía, en fin, el escudo de España, donde campean blasones que son cifra heráldica de la historia nacional entera, en nuncio de alegrías, de esperanzas ó de consuelos, enviado adondequiera que el dolor, la incertidumbre ó la congoja hacen presa en los corazones y torturan implacables á sus víctimas.

«Archivo de lágrimas» ha llamado un periódico extranjero al que en la Secretaría de S. M. C. se va formando con las fichas registradoras de sus hidalgas intervenciones; de «antología del dolor» califica el Sr. Espinós á ese mismo *fondo*, que habrá de examinar el curioso historiógrafo del porvenir como examina el perito inteligente el revés del tapiz donde se representan animados los culminantes episodios de la mitología y de la leyenda.

Libros y periódicos narraron ya con descripciones tan felices, que ni aun habían menester del copioso complemento gráfico las trágicas escenas del morir heroico. Leyéndolas, admiramos, desde luego, á quienes afirman de modo tan irrefutable la calumniada energía del espiritualismo contemporáneo y sacrifican, impávidos, su existencia á las grandes causas colectivas; pero nuestra imaginación no acierta á evocar con exactitud ese otro

aspecto de la repercusión de la contienda en los remotos hogares de los combatientes, omiso hasta ahora en la literatura por justificadas razones de prudencia.

El Archivo de nuestra Casa Real integrará, pues, las fuentes para la historia de esta guerra, con documentos de inapreciable valor psicológico á juzgar por las muestras, no obstante ser ellas contadas, que en el libro del Sr. Espinós se nos ofrecen. Escúchase allí toda la gama de los sollozos, desde el que se atenúa para no contravenir á la etiqueta, hasta el que se lanza con clamorosa ingenuidad; adviértese allí cómo, si el ingenio humano ha diversificado con las lenguas los modos de expresión, la identidad del sentimiento á través de razas, naciones, edades y sexos comprueba el común origen de todas las criaturas y su igualdad ante el Creador, porque cuando no lo dijese la verdad revelada, diríalo, nivelando á los más altos con los más humildes, la majestad augusta del dolor.

El Sr. Espinós no podía anticiparse al erudito rebuscador de mañana y se limitó á señalarle la fuente, que sin él quedaría acaso olvidada: hízolo con soltura y amenidad que permiten divulgar su libro y le ponen al alcance de todos. Pero, amén de este servicio prestado á la Historia, hemos de agradecerle á fuer de españoles el que rinde á la Patria, porque, aun los más escépticos, verán en el *Espejo de neutrales* cómo Don Alfonso XIII, egregia encarnación de España, supo hacer compatibles los estrictos deberes de la neutralidad consciente con los desvelos de la caridad solícita al servicio de todos, redarguyendo de falsa, con tan cristiana manera, la tacha de egoístas y de insensibles que puso á veces á los neutrales la pasión beligerante.

2-V-18.

GABRIEL MAURA GAMAZO.
